

# EL ISLEÑO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y LITERARIO.

PUNTOS DE SUSCRICION: En Mallorca, 10 rs. vn. al mes. En los demás puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION: En Mallorca, 10 rs. vn. al mes. En los demás puntos del reino 12 rs. idem, franco de porte.

## Sección extranjera.

Con el objeto de que nuestros lectores puedan enterarse del célebre folleto de Mr. de Lagueronniere titulado *La Francia, Roma y la Italia* lo insertamos íntegro, dejando para otro día la contestación que ha dado á dicho escrito monseñor Obispo de Orleans.

### LA FRANCIA, ROMA Y LA ITALIA.

POR A. DE LA GUERONNIERE.

Los documentos diplomáticos referentes á los negocios de Roma, publicados por el gobierno, y la notable esposicion del ministro de Negocios extranjeros, han puesto muy en claro la lealtad y la templanza de la política francesa.

Pero estas negociaciones, en las que se revelan de un modo tan sorprendente la adhesion del emperador al Padre Santo y la resistencia absoluta del gobierno pontificio, no deben considerarse segregadas de otro orden de hechos que se refieren á ellas directamente.

Desde su advenimiento al poder el emperador ha dado cada vez mayores pruebas de la protección que ha dispensado á los intereses religiosos, digno heredero del inmortal autor del concordato, ha tomado á honrar á la Iglesia todo lo que podía realizar su autoridad y engrandecer su mision pontificia.

Para juzgar mejor la situacion presente, tal como se desprende de los documentos sometidos en la actualidad al examen de las Cámaras, conviene pues que se les coordine y explique en todos los detalles y en todos los móviles, conocidos ó ocultos, que la caracterizan.

Es de gran interés que el país quede completamente enterado antes de los debates que van á empezar en el senado y en el cuerpo legislativo, he ahí lo que me mueve á emprender este trabajo; me ha parecido que mi carácter oficial lejos de imponer reserva alguna á mi mision de escritor, le daba todavía mas gravedad. Los cargos que desempeño bajo la superior responsabilidad del ministro del Interior, no me permitian tratar sin su aprobacion asunto tan grave.

Con un liberalismo que no sorprenderá á nadie, Mr. de Persigny ha creido que el funcionario del imperio podia convertirse en escritor para tratar una gran cuestion con toda su independencia; y que el primer deber de la vida pública consiste en cooperar á que se ilustre la opinion de su país.

Hay actualmente en Europa una cuestion que domina todas las demas, y es la Italia; al propio tiempo que en Italia hay un interés que resume su historia y su destino, ese interés está en Roma. Reivindicada por la Iglesia y por la fe, como garantía y metrónomo de la unidad católica, codiciada por la península como capital de su nacionalidad, Roma se ha convertido en el problema mas notable y mas temible de nuestra época.

Gracias á Dios no anda en litigio el pontificado espiritual; no estamos ya en los tiempos de las herejías, de los cismas y de las guerras de religion; al contrario es incontestable que la fuerza de expansion del catolicismo tiende mas á acrecentarse en el mundo que á restringirse. En Francia la Iglesia católica, poderosa y tranquila en medio de los cultos disidentes que se profesan con plena libertad, está viendo como se engrandece su autoridad moral bajo la protección de nuestras leyes y de nuestras costumbres. Fuera de Francia, en donde quiera que se abre paso nuestra influencia civilizadora, trae consigo los germe-

nes de la fe. Detrás de nuestra bandera va siempre la cruz, y al dar al Padre Santo mas almas que súbditos puede perder, ensanchamos cada día mas las fronteras del verdadero imperio cuyo centro es Roma.

Mas el poder temporal del Papa atraviesa en la actualidad una crisis cuya importancia no debemos rebajar, cuyos peligros no debemos atenuar. Como cuestion política afecta á los mas grandes intereses de los gobiernos y de los pueblos, como cuestion religiosa enardece los ánimos, pone en alarma las creencias y remueve de esta suerte lo que hay mas vital y profundo en la humanidad. Bajo estos dos aspectos, lo que se refiere á la independencia espiritual de la cabeza de la Iglesia toma un carácter de universalidad que se impone á la diplomacia de todas las naciones y sobre todo á la de Francia.

¿Cuáles son las causas de esta crisis? ¿quién ha producido este fatal antagonismo entre el pontificado y la Italia? ¿quién ha introducido la desconfianza entre el Vaticano y las Tuilerías? Si el Papa está aislado al presente, si se ha separado del movimiento italiano del cual es jefe natural, si ha perdido una parte de sus Estados ¿de quién es la culpa? ¿es culpa de la política francesa? ¿le ha faltado á esta política deferencia, adhesion, sinceridad, paciencia, abnegacion y prevision?

El primogénito de la Iglesia ¿no ha sido un hijo respetuoso y fiel? Hora es de que se aclare á quien corresponde la responsabilidad, y de que en el balance de los hechos, minuciosamente espuesto, tenga cada cual la parte que le corresponde. La opinion pública sabrá reconocer quiénes son los que con su ceguera ó cálculo han traído el poder temporal del Papa al punto en que hoy se encuentra, quiénes son los que con sus esfuerzos siempre generosos y con sus consejos constantemente desdenados, hubieran podido preservarlo y consolidarlo.

Cuando en 10 de diciembre de 1818 la confianza de la nacion puso el poder en manos del heredero del imperio, el clero se asoció á esta manifestacion popular. En los distritos rurales las gentes iban á votar detrás de la bandera de sus iglesias; la Francia entera presentó entonces el espectáculo de que hemos sido recientemente testigos, cuando desde las cimas de los Alpes á las orillas del Mediterráneo, Niza y la Saboya han aclamado á su nueva patria. En los siguientes años, el príncipe, que á la sazón era primer magistrado de la república, fué considerado como salvaguardia de los intereses católicos alarmados y de los intereses conservadores amenazados. Todas las esperanzas de porvenir se fijaron en él, y cuando se vió que empleaba las armas de la Francia en vindicar el honor del mundo católico y dar la bandera de la revolucion pacífica por garantía de la libertad de la Iglesia, nadie entre los hombres que sinceramente se preocupaban de los destinos morales de su país, dudó ya que entráramos en una fecunda era de reparacion. La union del poder religioso y del poder civil pareció fortalecerse con todos los testimonios de reconocimiento que de todos los puntos de Francia, y puede decirse de todas las iglesias de la cristiandad, se dirigieron al príncipe que la habia realizado.

Por una coincidencia providencial á un tiempo ocupaba la Sede de San Pedro un sacerdote educado en las firmes tradiciones de la sociedad católica, y deseoso de rejuvenecer por medio de la libertad un poder comprometido por la servidumbre, y estaba al frente de la Francia el heredero del grande hombre que cincuenta años antes habia dominado y regularizado la revolucion francesa, para emancipar su espíritu de sus pasiones y para aplicar á instituciones civiles imperecederas todo lo que habia de justo y verdadero en la revolucion.

De la cátedra de San Pedro debía partir la primera señal que despertase la nacionalidad de un pueblo. El representante de la Francia de 1789 devolvía su prestigio al principio de autoridad comprometido setenta años habia por tantas conmociones y súbitas revoluciones. Por un lado, esta fuerza moral que procede de antiguas tradiciones; por otro, este poder irresistible que corresponde á la voluntad unánime de una gran nacion; el edificio del orden político regenerado habia de levantarse sobre estas dos bases.

En medio de este movimiento de la opinion, la Iglesia aprovechó la primera el cambio realizado, nueve años há, en nuestras instituciones públicas; lo que el príncipe presidente recibia en autoridad de la voluntad nacional, lo ganaba en libertad por la benevolencia del soberano. El panteon fué devuelto al culto de Dios; se dió entrada á los cardenales en el senado; se concedieron dotaciones considerables á nuestras antiguas catedrales; las modestas iglesias rurales tuvieron en el presupuesto del Estado una parte que hasta entonces nunca habian tenido; la religion fué honrada en alto grado; el clero fué públicamente protegido; hé aquí el cambio que se realizó en las relaciones del Estado y de la Iglesia. Así pues los hechos justificaban todas las esperanzas.

Mas habia hombres que después de haber intervenido en nuestras luchas políticas conservaban bajo un nuevo orden de cosas el resentimiento de la derrota que habian sufrido; y teniendo en cuenta sus amargos recuerdos, daban poco valor á los triunfos que interesaban á su fe. Se aprovecharon pues de la libertad que el imperio proporcionó á la religion, no bajo el punto de vista de las obras divinas que constituyen la mision de la Iglesia, sino en beneficio de pasiones, esperanzas y proyectos que la Francia acababa de condenar en una votacion solemne. De esta suerte cada concesion que el poder hacia era una nueva arma en manos de esos hombres. El patriotismo del clero les afiliga sin desalentarlos, no pudiendo atraerle hacia sí, trataron de engañarle; se introdujo hábilmente la duda sobre las intenciones del gobierno francés; al reciente recuerdo de la salvacion del pontificado, realizada por la espada de la Francia, se mezclaron perfidamente los recuerdos dolorosos de Savona y Fontainebleau; se emplearon todos los medios para hacer sospechosa la política que solo era acreedora al reconocimiento de todos los católicos; se explotó hasta la caridad, y las vastas asociaciones constituidas bajo su bienhechora influencia, asociaciones á las cuales estaban afiliados tantos hombres de bien, fueron el blanco de los mas activos esfuerzos. De esta suerte la política penetraba poco á poco en la Iglesia, y los jefes de partido, cubiertos con la capa de religion, se adquirian la confianza de los hombres de fe. La libertad religiosa abria la puerta á influencias interesadas que iban á encubrir sus odios hasta bajo la inviolabilidad del altar, transformando los sublimes textos del Evangelio en sofismas de su ambicion. Hasta la caridad era un lazo tendido á las almas generosas, y muchas veces la tolerancia de la ley no era sino la complicidad de los perfidos proyectos que encubria sin absolvelos.

Lejos del nosotros la idea de confundir al clero de Francia con esos hombres que sin títulos ni derechos se han arrogado una especie de dictadura sobre él. El clero francés es el mas ilustrado, el mas desinteresado del mundo. Heredero de los mas ilustres doctores de la Iglesia, realizado en el siglo XVII por el talento y la virtud de grandes obispos como Bossuet y Fenelon, purificado en 1793 por el martirio, reconciliado en tiempo del Consulado con la sociedad moderna por la franca aceptacion del concordato, ha mostrado sucesivamente su independencia, su valor,

su amor á Dios y á la patria. Nosotros le honramos como merece ser honrado; bien sabemos que su patriotismo es inseparable de su fe, y que si bien está dispuesto siempre á morir, como en una época nefasta, al pié de sus altares, tambien está igualmente resuelto á cumplir todos sus deberes hacia el país y su Soberano. El clero puede ser por un momento engañado por el espíritu del partido, pero nunca será su instrumento voluntario, y si un día se logra abusar de su buena fé, no conseguirá jamas desnaturalizar sus sentimientos.

III. La política de la corte de Roma no tardó en sufrir tambien la influencia de esos esfuerzos tan activos y constantes. En vez de inspirarse de los consejos de la Francia á la cual debía su restablecimiento, el Pontificado apenas estuvo nuevamente en posesion del Vaticano recobró la actitud subordinada que le habian creado los tratados de 1815.

Mas nada podia desviar al Emperador de sus resoluciones. La confianza en el Pontífice cuyo trono habia restablecido, no varió por esto; completando en cierto modo á todas horas la obra de la libertad del Pontificado, se presentaba delante de la Europa como garante de la inviolabilidad de la Santa Sede. En el interior de Francia no solo levantaba templos á la fe, sino que prestando su homenaje personal, trataba de robustecer en las almas la autoridad de la Iglesia; por un sentimiento de generosidad no hacia uso de privilegios que de tres siglos acá corresponden á la corona de Francia, sino para devolver á los obispos prerrogativas que habian perdido; no encumbra á las sillas episcopales sino á eclesiásticos designados de antemano á su eleccion por las simpatías de la corte de Roma. No todos los que rodeaban al Emperador participaban de esta seguridad; pero en su lealtad estaba tranquilo y nada sospechaba, y ninguno de los que han tenido la honra de tomar parte en sus consejos, negará que su inalterable confianza resistió á todas las observaciones y á todas las advertencias.

IV. Esta actitud impasible y benévola del Emperador disimulaba á lo menos los odios que no desarmaba, y ante estos constantes testimonios de su solicitud, era difícil crear malas inteligencias en la opinion pública sobre los sentimientos que animaban al gobierno imperial con respecto á la corte de Roma. Los movimientos favorables á la independencia italiana que realizaron en la península, complicando la situacion de la Francia, vinieron á proporcionar el protesto que esperaban los partidos. La derrota de la revolucion bajo los muros de Roma y el desastre de la nacionalidad italiana en el campo de batalla de Novara no habian hecho cundir desde el Tisín al Adriático mas que el doloroso silencio de la servidumbre hasta la conducta que observó el gobierno pontificio, su constante negativa á realizar reformas, y sus manifestadas simpatías hacia el Austria, continuaba dando creces á la alarma del patriotismo italiano. Así pues la obra de la emancipacion nacional iba á continuarse por las sociedades secretas y las conspiraciones; las legítimas aspiraciones de la libertad se mezclaban con los complots de los conjurados; la Italia era un foco dispuesto para todas las revoluciones; amenazaba sin cesar la paz de la Europa con una explosion súbita y espantosa.

La cuestion de Italia que de cincuenta años acá se impone á la diplomacia, era inevitable. Los intereses superiores se dejaban ya conocer en este conflicto, el de la independencia nacional reivindicada por un pueblo sumido en la servidumbre, pero que presentaba á la Europa los títulos imprescriptibles de su derecho; el del Pontificado amenazado por la revolucion y confiado de diez siglos á esta parte



á la custodia de la Francia. En vista de estos distintos principios ¿cuál era la situación de nuestro país? ¿cuál era el deber del Emperador ante la conciencia y la historia? Jefe de una familia soberana que había salido de la revolución de 1789, y encumbrada dos veces al trono por el libre voto de la nación, ¿podía abandonar la causa de la Italia, que encontraba en las tradiciones de nuestra política, y á la que se habían mostrado fieles nuestros Reyes mas populares? Católico, primogénito de la Iglesia por el título de su corona y por su adhesión, ¿no estaba comprometido por una intervención gloriosa á defender la independencia espiritual del Sumo Pontífice, garantida por el poder temporal de la Santa Sede? El origen y las condiciones de su gobierno le destinaban en Europa para apoyo natural de la nacionalidad italiana; las tradiciones de la monarquía que restauraba, sus sentimientos personales y sus actos, le convertían en el mas firme sosten del trono conmovido del Sumo Pontífice. Hubiera rebajado el honor de su corona si hubiese renunciado á esta fidelidad gloriosa. Hubiera faltado á la misión de su raza sancionando esa servidumbre. Estas dos causas le solicitaban por igual. Ni podía reprimir en el ciego interés de la tranquilidad de la Santa Sede los generosos esfuerzos de la libertad de la Italia, ni humillar ante la península, que se elevaba á la categoría de nación, la grandeza secular del Vaticano.

La Italia respetada en su independencia, el Pontificado protegido en su poder temporal, hé aquí el doble objeto que la política imperial debía proponerse. Entre estos dos poderes divididos por malas inteligencias, escitados por ciertos recuerdos, y que de cincuenta años acá si exceptuamos los brillantes dias que inauguraron el Pontificado de Pío IX, no tenían al parecer aspiración ni esperanzas comunes; entre el Pontificado amenazado y la Italia dispuesta á sublevarse, era preciso intentar una reconciliación y union. Interesaba á la vez á la Iglesia y á la Italia insistir en una lucha fatal y reconocer mutuamente sus derechos. Este sentimiento ha inspirado todos los consejos dados por la Francia á la corte de Roma, aun antes de que los acontecimientos hubiesen demostrado la necesidad de esos esfuerzos. El Emperador instaba al Sumo Pontífice para que satisficiera los deseos de la opinion liberal en Italia, realizando reformas solicitadas varias veces por los gobiernos de Europa, varias veces otorgadas y siempre diferidas. El restablecimiento de las municipalidades romanas, la descentralización administrativa, la cesación de numerosos abusos, el restablecimiento en ciertas provincias de las franquicias de que las había despojado el congreso de Viena, todas las medidas que debían traer la savia del nuevo espíritu á la antigua autoridad del Papa, hubieran agrupado entonces numerosas simpatías al rededor del trono Pontificio: el gobierno romano, sometido en su existencia temporal á las condiciones ordinarias de los poderes humanos, debía saber evitar por medio de las reformas que robustecen á los Estados, las revoluciones que los agitan ó arruinan.

Peró, mientras el Emperador agotaba sus esfuerzos para reconciliar al Pontificado con la Italia y preparar de esta suerte al catolicismo nuevos y mas gloriosos destinos, el partido político que quería en cierto modo poner á Dios por auxiliar de sus proyectos, provocaba las catástrofes opinando á toda transacción. Según ese partido, el Emperador borrando los títulos de su origen nacional, renunciando al legado imperecedero que la revolución francesa ha dejado á nuestra generación, debía ser en Italia el soldado del derecho divino. ¿Qué importaba la libertad de la península y esa necesidad de la represión sangrienta que iba á alterar la paz de la Europa? Tratábase de garantizar contra toda conmoción los Estados de la Iglesia. Fundábase la seguridad de la Santa Sede en la servidumbre de la nación.

En semejantes circunstancias, el Austria, cediendo quizás á escitaciones extranjeras, mandó á sus soldados que pasasen en Tesino, y llevó de esta suerte al territorio piamontés una guerra agresiva. No tenemos que recordar los acontecimientos subsiguientes. Lo pronta intervención de Francia, dos grandes batallas dadas y ganadas en dos meses, la dirección del ejército en manos del Emperador, añadiendo nuevos nombres á los nombres gloriosos que nos han legado nuestros padres y en fin la Lombardia cedida á la Francia en la entrevista de Villafranca, y devuelta libre á su nacionalidad secular, todos estos hechos tienen ya sancionado su recuerdo en la historia. Mas fuera de la agresión austriaca, esta guerra traía origen de profundas causas que la hacían inevitable y tendían á la constitución de Italia. Esta guerra era una de las

consecuencias fatales de las violentas injusticias de lo pasado.

## VI.

Cuando en 1815 los vencedores hicieron la repartición de la Europa, la Italia fué adjudicada al Austria que encontraba en ella, á la vez que un considerable manantial de rentas para su agotado tesoro, la satisfacción de una ambición tradicional. Reinando en Milan y en Venecia por el derecho de los tratados el imperio dominaba todavía á las pequeñas cortes de Parma, Módena y Florencia, en interés de una resistencia común y de alianzas de familia. En estos vastos despojos, arrancados por la coalición á la mano poderosa del emperador Napoleón I, el Austria había disputado hasta á la Santa Sede casi toda la extensión de sus dominios de los que se ha apoderado recientemente el Piamonte. En medio del entusiasmo de la victoria, no había derecho contra la fuerza. El imperio había colocado centinelas en Ancona, Bolonia, y en donde quiera que veía una etapa de su dominación peninsular. Luego volvió á emprender la obra en que habían fracasado durante la edad media los Césares alemanes, la obra de despojar á la Italia de su carácter nacional y hacer de esas provincias sometidas por las armas una joya de la corona germánica. En esta tentativa agotó los recursos de la habilidad y de la fuerza.

Desde entonces, en esas llanuras fértiles regadas por el Tesino, el Po y el Mincio, hubo dos pueblos uno en frente del otro: los vencidos no comprendiendo el idioma de sus dominadores y protestando por medio de conspiraciones y motines contra su opresión; los vencedores uniéndose á todo el orgullo de la conquista toda la desconfianza del porvenir; los unos imponiendo el gobierno, los otros sufriendolo. Los italianos eran los desheredados de la Italia; las clases inteligentes protestaban contra este menosprecio de sí propios y del genio nacional, pero esas legítimas resistencias á la dominación austriaca no hacían mas que aumentar los rigores y el odio se iba acrecentando con la servidumbre.

La revolución de 1818 encontró á la Italia dispuesta para una sublevación. Los acontecimientos de que era entonces teatro la península, crearon al Piamonte un puesto excepcional. Constituido con condiciones libres y sin embargo con miras hostiles á la Francia, se había convertido en custodia de la independencia nacional ultrajada; y aunque en su primer esfuerzo por vengarla hubiese tenido el fracaso del desastre de Novara, no se dejó desalentar por esta catástrofe ni desviar de al senda que le manifestaban todos los espíritus liberales en Europa. Concentró en sí propio, en la difícil experiencia de libertades públicas todas las fuerzas vivas de la nación; habló y obró en nombre de Italia; se colocó en el consejo de las potencias como representante de una raza sometida á la servidumbre, y en los campos de batalla puso la bandera de la patria común al lado de las banderas unidas de Francia y de Inglaterra. ¿Quién pues se sorprenderá de que semejante situación, condenada por la conciencia de los pueblos y el testimonio de la historia, haya acabado por un duelo entre el Austria y la Italia?

La Francia había previsto esta lucha, y para evitarla había hecho leales tentativas. Guiada por un interés superior de orden público internacional, quería evitar á la Italia los disgustos de nuevas convulsiones y á la Europa las desazones y los peligros de una guerra que podía hacerse extensiva á todos los grandes Estados.

Entre la Italia y el Austria reinaba una irreconciliable enemistad; así pues era preciso buscar fuera de la dominación alemana los elementos de la pacificación de dicho país. La Francia lo comprendió y lo intentó en el congreso de París celebrado en 1856. Apoyándose en la autoridad de este grande ejemplo de una intervención de las potencias para el arreglo de las cuestiones que amenazan la paz de Europa, pidió en nombre de la seguridad de lo porvenir la renuncia del Austria, no á los derechos de su soberanía italiana sino á la acción permanente y general que ejercía en la península en virtud de los tratados con los príncipes. El emperador Napoleón quería que los príncipes á quienes el congreso de Viena concedió una indemnización nominal, dejasen de ser los feudatarios ó lugartenientes del Austria para convertirse en gobiernos nacionales. A una dominación que se había hecho imposible sucedería en este supuesto la supremacía de la Europa que para la Italia no fuera sino la garantía de su libertad.

Esta solución ponía en salvo los derechos nacionales, realizaba el honor de las coronas, y no atacaba en nada el legítimo orgullo de la

casa de Hapsburgo; hacía salir la cuestión italiana de la crisis violenta en que se debaten de cincuenta años acá los intereses de la Península, y anticipaba los resultados de una lucha sin que hubiera vencidos. Adoptada esta solución por la Europa, hubiera evitado la guerra y los acontecimientos que han sido su consecuencia.

Hasta entonces pues se sigue con mucha facilidad el pensamiento que dictaba la política de la Francia con respecto á Italia; pensamiento justo, previsor y desinteresado que solo tendía á anticiparse por medio de concesiones, á restituir á los príncipes su soberanía, y á colocar nuevamente el Pontificado en las condiciones de potencia moral que había perdido para su autoridad política. El día en que se publicasen los despachos de nuestro gobierno sobre los negocios de Italia anteriormente á la guerra, se verá el celo que demostró por todos los intereses que estaban comprometidos en ella, y especialmente en favor de la Santa Sede.

Peró cuando la lucha es ya inevitable, ¿cuál será la conducta de la Francia con respecto á Roma? La diplomacia no había encontrado en ella mas que mala voluntad entre los consejos que se recibían de Viena y los que se enviaban de París; la cancillería de Roma no vacilaba un punto; á las prudentes reformas que le pedía la Francia prefería la tutela que le imponía el Austria. La autoridad de nuestra protección era ya menospreciada; el beneficio de nuestra ocupación militar era poco menos que desdenado. Dábase á conocer de antemano la hostilidad abierta por una ingratitud apenas disimulada. El corazón de Pío IX fué sorprendido y engañado por los odios anti-franceses de los Prelados que le eran mas íntimos. Sin hacer alto en semejante situación, el emperador buscó en ahínco los medios oportunos para preservar la autoridad política del Padre Santo en la lucha que iba á estallar.

Su programa se hizo público; no habiendo podido obtener el protectorado de la Europa para la Italia, propuso que se formase una confederación de todos los Estados independientes, cuyo centro seria Roma, cuyo jefe seria el Papa. Esta era la solución monárquica y católica de la cuestión italiana. Nosotros, que tuvimos la honra de exponer este programa, sabemos mejor que nadie los sarcasmos y las injurias con que fué acogido en el seno del partido cuya influencia dirigía el Vaticano. En Roma y en París se rivalizó en violentos ataques. Negábase la cuestión italiana; consignábase el derecho inviolable del Austria, y en nombre del Papa se rechazaba todo lo que podía asociarle á la regeneración de la nacionalidad, cuya causa sus más ilustres predecesores habían unido á la causa de la grandeza de la Iglesia.

Mas adelante, pero ya tarde, todos abrieron sus ojos, y la idea de la confederación italiana bajo la presidencia del Papa, formulada en el tratado de Villafranca, debía tener por defensores á los que la habían rechazado con mas energía y menos reflexión.

Por último, estalló la guerra, ¿cuál fué entonces la primera preocupación del emperador? La de colocar los Estados de la Santa Sede bajo la garantía de una neutralidad superior que le protegiese contra los azares de los combates. El ministro de Negocios extranjeros, en su despacho del 12 de febrero, dirigido al duque de Grammont, representante de la Francia en Roma, resume en estos términos lo acordado por los dos emperadores.

Al principiar las hostilidades, las partes beligerantes proclamaron la neutralidad de la Santa Sede; continuaban ocupando las posiciones que custodiaban antes de la guerra. Renunciaban á fortificarse en ellas de modo que pudiesen perjudicarse unos á otros. En una palabra parecia que estaban penetrados de la idea de que sobre sus pasajeras discusiones se levantaba un interés superior, igualmente querido para los dos, el interés de la conservación del orden en los Estados del Padre Santo.

Las guarniciones de Ferrara, de Comacchio, de Bolonia y de Ancona podían con toda seguridad velar por la conservación de la tranquilidad en las legaciones y en las Marcas, mientras la guarnición francesa hacia lo propio en Roma.

Estos convenios bastaban para afianzar la seguridad de los Estados de la Santa Sede. Dejando á los austriacos en las guarniciones que ocupaban en territorio pontificio, la Francia hacia concesión enorme, pero era la concesión de su respeto y de adhesión al Papa. La política podía resentirse de ello, pero sobre los intereses políticos el emperador colocaba la independencia y la dignidad de la Cabeza de la Iglesia.

En donde quiera que flotaba al aire nues-

tra bandera, no hubiera habido el mas insignificante ataque á la autoridad de la Santa Sede. Mientras se cuestionaba la libertad de Italia en los campos de batalla de Magenta y Solferino, la tranquilidad de la ciudad eterna no se vió alterada ni un momento por los rumores que acudían á ella desde todos los puntos de la Península. La revolución que derrocaba los tronos de Parma de Módena y de Florencia no conmovió al Vaticano. Roma temblaba en su patriotismo al rumor del canon que decidía de la suerte de la patria italiana; pero ese estremecimiento reprimido por la mano vigorosa y tutelar de la Francia, no era sino la manifestación generosa de las simpatías que inspiraba y cuyas demostraciones procuraba con ahínco suavizar á fin de que no fuesen una ofensa ó un motivo de inquietud para el Padre Santo.

Mas entretanto, ¿qué hacia el Austria? Abandonaba subitamente todas las plazas conlindas á su guardia. Estamos convencidos de que por su parte no fué esto un cálculo, sino una necesidad de la estrategia. Pero este precipitado abandono debía traer las consecuencias que podían preverse. Su ocupación había escitado contra el gobierno pontificio todos los enojos del patriotismo; su retirada dejaba esta autoridad sin defensa á la reacción del sentimiento nacional reprimido por largo tiempo. No dejaba detrás de sí mas que una autoridad sin fuerza en presencia de un pueblo que había perdido toda su afección hacia ella. Así fué que las Romanías no hicieron una revolución, no tuvieron que conquistar su independencia; la encontraron en los cuarteles desocupados de los austriacos.

La fidelidad de la Francia al principio de neutralidad, la energía de su actitud en Roma para acallar los testimonios de agradecimiento que se le dirigían, tanta prudencia, tanta sinceridad, tanta abogación no encontraron sin embargo recompensa en los sentimientos del gobierno pontificio, y entre los consejeros del Vaticano guardado por nuestros soldados, las victorias de la Francia no escitaron mas que un disgusto mal disimulado.

En medio de todos estos cambios sobrevino el tratado de Villafranca. Este tratado sancionaba un principio, cuyo reconocimiento por ambos emperadores, sin evitar al otro lado de los Alpes las revoluciones interiores, garantizaba á lo menos la paz de la Europa y la libertad de la Italia. La no intervención de las potencias extranjeras formaba en el derecho público la salvaguardia de la nacionalidad italiana. El Papado, protegido en la residencia de su poder por las armas de la Francia, se encontraba en frente de las Romanías sublevadas, de las Marcas y de las Legaciones, agitadas por movimientos que debían hacer temer á la corte de Roma una próxima catástrofe. Al día siguiente de su victoria el emperador escribió al Papa una carta en la cual expresaba su constante solicitud por los intereses de la Iglesia. Reservando los derechos de la Santa Sede sobre las Romanías, aconsejaba al Pontífice que concediese sin esperar las exigencias de la revolución, las reformas treinta años reclamadas por la Europa en nombre de los pueblos de los Estados Romanos. Suplico á Vuestra Santidad, decía el emperador, que oiga la voz de un hijo adicto á la Iglesia, pero que comprende las necesidades de su época, y que conoce que la fuerza bruta no basta para resolver las cuestiones y allanar las dificultades. En las decisiones de Vuestra Santidad veo ó el germen de un porvenir de gloria y de tranquilidad ó la continuación de un Estado violento y calamitoso.

Así, después de tanta gloria, cuando acababa de firmar la paz de Villafranca y de estrechar lealmente su mano con la del emperador Francisco José, la solicitud del emperador Napoleón se empleó inmediatamente en obsequio del Papa.

Quiere asociarle en cierto modo al beneficio de las victorias; acaba de emancipar á la Italia; no basta esto; quiere emanciparla con el pontificado. A esta noble tentativa ¿qué contestó la corte de Roma? En vez de confiar en el vencedor de Solferino, opuso siempre demoras y reticencias.

Peró ¿qué pedía el gobierno de Roma? La devolución de las Romanías. Roma no quería dar oídos á nada ni ceder nada sin que primero volviese dicha provincia á ser sometida á su autoridad. ¿Era esto posible? ¿quién había de realizar esta restitución por medio de la fuerza? El Austria vencida no se atrevía á ello; la Francia victoriosa no podía hacerlo. El Austria después de sus derrotas era impotente para empezar de nuevo á orillas del Adriático la larga historia de su antiguo pro-



lectorado; la Francia que acababa de emancipar la Italia no podía dar mas soldados para reemplazar las guarniciones austriacas que se habían retirado. Uno y otro país se hubieran encontrado comprometidos por esta acción directa en un sistema de intervención cuyas consecuencias era imposible calcular, y que hubiera traído el desconcierto de las bases de la paz. Por otra parte el Papa no debía cifrar en su propia fuerza sus principales esperanzas; estaba sin soldados ante la revolución amenazadora.

La corte de Roma, sin embargo, no comprendió esta situación ó no quiso sufrirla. Aplazó pues para otros tiempos las reformas prometidas. En medio de estas vacilaciones que debían trocarse en breve en obstinada resistencia, los pueblos de la Italia central desprendidos de sus anteriores gobiernos por la retirada de los príncipes, preparaban ó realizaban su incorporación a la monarquía piemontesa y envolvían en esta incorporación los Estados de la Santa Sede que amenazaban, por decirlo así, con su independencia. En esto vamos precisamente á donde pueden alcanzarse la moderación generosa en los consejos y la fidelidad en la adhesión. Los acontecimientos se sucedieron rápidamente en la Italia central; organizaronse los nuevos poderes; la revolución amenazó á Nápoles é invadió la Sicilia; en medio de estos acontecimientos, cuál va á ser la actitud de la diplomacia francesa? ¿qué inspiraciones encontrará la corte de Roma en las necesidades presentes y en las tradiciones de su poder? Los documentos de este gran proceso están sometidos á las cámaras, vamos á invocar su testimonio, pues tiene la certeza y la autoridad de la historia.

En 26 de febrero de 1860. Mr. Thouvenel renovó en Roma, por conducto de Mr. de Grammont, la proposición de hacer gerantir por la Europa los Estados del Padre Santo, bajo la reserva de un vicariato erigido en las Romanías, y este paso lo acompañaba con estas palabras tan dignas del pontífice á quien las dirigía:

«Aunque el papa viesse en esta combinación un sacrificio parcial de sus derechos de soberanía, ¿no encontrará una compensación suficiente en la idea, que debe también tener su valor en el corazón de un príncipe que reúne el título de padre al de soberano, de que habrá contribuido poderosamente á devolver la tranquilidad á Italia, á apaciguar las conciencias y á tranquilizar los ánimos que en todos los puntos de Europa se alarman por la prolongación de una crisis á la que exigen que se ponga término tantos intereses del orden mas elevado?»

Para darse cuenta de la buena fé con que el gobierno del emperador caminaba hacia una solución que pudiese conservar la autoridad temporal del Papa, es preciso notar la energía con que su diplomacia trataba de conducir al gabinete de Turin á términos de una transacción prudente. Al propio tiempo, que trabajaba por convencer á Roma de la necesidad de las concesiones, trabajaba también por decidir al gobierno de Víctor Manuel á no ser mas que el representante del papa en las Legaciones. En un notable despacho dirigido en 22 de febrero de 1860 al barón de Talleyrand, nuestro ministro en Turin, Mr. Thouvenel incluía al conde de Cavour en los términos mas formales á que se adhería á este arreglo, y para hacerle resolver emplea los argumentos mas perentorios, declarando esplicitamente que si la Cerdeña se niega á ello, será responsable de su resolución y no deberá contar con la Francia en las eventualidades que con semejante negativa pudiese provocar.

Todavía había de proceder de Roma la oposición á esas proposiciones tan prudentes y leales. El gabinete de las Tullerías no se desalentó. El vicariato fué desechado como una injuria.

El emperador presentó entonces á la aceptación de la Santa Sede una nueva combinación que Mr. Thouvenel debía comunicar á todas las cortes católicas, y que está resumida en estos términos en su despacho de 8 de abril:

«Organización, intervención alguna, sea francesa, sea austriaca, de un cuerpo de ejército destinado á velar por la conservación del orden en Roma; subsidio ofrecido al romano pontífice por las potencias católicas; y por último promulgación en los Estados romanos de las reformas ya aprobadas por Su Santidad.»

En esta protección había algo mas que un auxilio prestado á la debilidad; había también un homenaje prestado á la grandeza secular de la Santa Sede; era el mundo católico que acudía de nuevo á asociarse con su adhesión á los destinos humanos de la Iglesia. El carácter particular de este protectorado le daba

todavía mayor honor. ¿Para qué otra potencia hubieran aceptado las naciones católicas semejantes deberes, sino para el príncipe que gobierna las almas en nombre de Dios y cuyas manos se elevan sobre el universo para bendecirle? La Italia estaba pacificada; la unidad italiana cuyas pretensiones amenazaban á Roma, quedaba definitivamente reprimida; el Pontificado salía de la crisis acaso mas temible, honrado con el respeto de los pueblos y fortalecido por su adhesión.

Así lo comprendieron las potencias católicas. Mr. de Rechberg dió en nombre de su corte una respuesta favorable, de suerte que Mr. Thouvenel pudo decir en 23 de abril al marqués de Moustier: «Tengo la confianza de que nos será fácil ponernos de acuerdo con la corte de Viena.» El ministro de Nápoles declaró que su señor estaba dispuesto á cooperar á estas resoluciones. Mr. Barrot, embajador de Francia en España, refería en los siguientes términos en su despacho de 24 de abril la respuesta dada por la corte de Madrid: «El señor Collantes no niega la obstinación del Padre Santo, quien desde que ha sido restablecido en su trono, ha olvidado las lecciones de 1848, la catástrofe revolucionaria que le obligó á huir de sus Estados y el auxilio providencial que le volvió á ellos.» Y el representante del emperador cerca de la reina Isabel, añadía: «El primer secretario de Estado cree que esta proposición ha sido dictada por el sano y tranquilo conocimiento de los verdaderos intereses de la Santa Sede, y que ofrece la única probabilidad de salvar de la revolución, sin sacrificar absolutamente lo que está ya perdido, las provincias que continúan todavía bajo la dominación de la Santa Sede, y con ellas tal vez el gobierno temporal del Papa.

Iguales sentimientos se manifestaron por parte de Lisboa, y el ministro de Negocios extranjeros, el señor Casal Ribeiro contestó que «pues desgraciadamente el Papa rechazaba estas concesiones, no había mas que dejar obrar al tiempo.»

#### X.

Tal era el lenguaje de la diplomacia de las naciones católicas. Viena, Nápoles, Madrid, Lisboa contestaron favorablemente al pensamiento de la Francia. En estas cortes, de las que no se supondrá que estaban dominadas por la influencia francesa, se juzgaba la situación, como la juzgábamos nosotros mismos, y se aceptaba la política de transacción cuyos recursos agotaba en vano el gabinete de las Tullerías.

En estas circunstancias los conatos de agitación que se habían producido en Francia en nombre de la religión, pero bajo el impulso y en interés de la política, iban cobrando mayor brio. Bajo la apariencia de la devoción se formaban coaliciones entre los hijos de Voltaire y los hijos de los cruzados. En folletos escritos en estilo violento se acriminaban las intenciones y la conducta del gobierno; algunos obispos engañados por el celo de su fe se dejaban arrastrar á este movimiento, y los ecos de todo este rumor transmitidos á Roma pudieron hacer creer que la opinión pública se había sublevado. Se llevó el abuso hasta el punto de imaginar que el emperador estaba aislado en Francia y que había irritado las conciencias. Este sentimiento perfidamente conservado hubo de contribuir en gran manera al desenfado con que fué acogida en el Vaticano la proposición que había sido aprobada por todas las potencias católicas. Hé aquí la curiosa respuesta dada por el cardenal Antonelli á las gestiones practicadas por el duque Grammont: Está consignada en un despacho de 14 de abril: «La Santa Sede no se adherirá á ningún protocolo que no le garantice la restitución de las Romanías; insiste en diferir hasta entonces la realización de las reformas en que ha consentido el Padre Santo; su inalterable resolución es la de que no aceptará jamás una garantía para los estados que han quedado bajo su dominación, porque en su concepto esto sería reconocer una diferencia entre estos estados y los que le han sido quitados. El Papa rechaza el sistema de una renta inscrita en el gran libro de los estados, no consentiría mas que en una combinación que tenga la forma de una sanción de los antiguos derechos canónicos, percibidos sobre los beneficios vacantes; en cuanto al auxilio de tropas que se le quiere proporcionar, el Padre Santo prefiere tener la libertad de redutar por sí propio su ejército.»

Todos los esfuerzos para conseguir una conciliación fracasaban, pues ante esa resistencia escitada y enardecida por una apreciación tan inexacta del estado de la Francia. El cardenal Antonelli lo había declarado además á Mr. de Grammont en una conversación cuyos detalles se reproducen en el despacho de

nuestro embajador: «El Papa no transigirá jamás.»

Nada de transacción. Tal era el resumen de esa política, ciegamente sometida á las influencias funestas y anti-francesas que señalaba la ilustrada vigilancia del duque de Grammont.

#### XI.

Así es que la corte de Roma se había negado á todo; había rechazado el vicariato sobre las Romanías como un ataque á su soberanía que no existía ya en dicha provincia; había declinado la garantía colectiva de las potencias católicas para la integridad del territorio que le quedaba después de la guerra; había rechazado casi como una humillación la oferta de un piadoso tributo prestado por todos los príncipes que reconocen la soberanía espiritual del Padre Santo; había rechazado la proposición de proporcionarle una guardia todas las naciones fieles á la Santa Sede. ¿Cuál sería pues la actitud de la corte de Roma? ¿sería inmóvil espectadora de los acontecimientos que se precipitaban en Italia? ¿esperaría en el recogimiento y en la esperanza de la fe la hora de las reparaciones? Hubiérase podido comprenderlo. —En la resignación hay una especie de austera virtud que ennoblece la desgracia é impone respeto. —Pero la resignación no entraba en el corazón de los consejeros de Pio IX. —A la sazón en que protestaba contra la idea de una dotación regular ofrecida por los Soberanos católicos, el gobierno pontificio solicitaba las ofrendas individuales y organizaba en todas partes la percepción del dinero de San Pedro. —A la sazón en que se rehusaban los soldados que se ponían á su disposición por la adhesión de los príncipes, alistaba partidarios. —El Emperador había recomendado constantemente la formación de un ejército nacional, como testimonio del orden restablecido y como garantía de la seguridad futura; el gobierno romano que había permanecido sordo á este consejo, iba á tantear la formación de un ejército sin nacionalidad ni unidad. Esta tentativa se hacía con una ostentación que quería recordar las grandes manifestaciones religiosas de otra época, y para que nada faltase al aparato escénico, se ponía al frente de esta cruzada un general que no había militado á la sombra de las águilas francesas en nuestras luchas heroicas de Italia y de Crimea. Digámoslo francamente; cuando un prelado romano conocido por su hostilidad personal á la política francesa iba al centro del Anjou para apelar al valor y á la adhesión de Mr. de Lamoricière, elegía menos al héroe de Constantinopla que al hombre político separado del gobierno de su país. El Emperador, preocupado con los mas elevados pensamientos, no se opuso á esta elección, aunque mas de una palabra indiscreta hubiese hecho traición á las esperanzas que se fundaban en el nombre del general en jefe del ejército pontificio.

«Una poderosa camarilla en el Vaticano, escribía en dicha época el duque de Grammont, tendía á imprimir á esta medida el carácter de un reto dirigido á la Francia. Por toda respuesta á esta advertencia el emperador á ruegos del Padre Santo se apresuró á dar permiso al general Lamoricière para entrar en el servicio de un Soberano extranjero.»

El partido que disimulaba bajo las apariencias de celo religioso su hostilidad contra el imperio, aplaudió estrepitosamente. Se intentó organizar manifestaciones; se hizo el llamamiento de una nueva Vendée, y en los primeros días se confundió en un mismo anatema ó los hijos de la revolución y á los sectarios del Corán. El duque de Grammont en uno de sus despachos trazó el cuadro instructivo de los manejos que trataron entonces de envolver al Vaticano.

«Apenas el general de Lamoricière, escribía Mr. de Grammont en 10 de abril de 1860, hubo entrado al servicio del Papa, se vieron llegar á Roma numerosas diputaciones francesas que se presentaron en corporación y con pompa delante de Su Santidad, afectando todos los caracteres de la oposición dinástica mas pronunciada y usando hasta junto al trono pontificio un lenguaje cuya violencia denota una exaltación extrema. —Y Mr. de Grammont añade «que estas manifestaciones eran alentadas por algunos camerieri influyentes.» Un día, según dice el propio diplomático, reinaba en el Vaticano un aire de misterio. Á los que iban á visitar el palacio se les detenía preguntándoles: ¿Sois bretones? y se les explicaba que por un momento las salas estaban cerradas para que el Padre Santo recibiese el homenaje de la Bretaña que en comision iba á protestar contra el Emperador.»

Luego toca el turno á los lioneses, y uno de ellos, que aunque católico fervoroso «no había tenido por conveniente repudiar el sentimiento de su nacionalidad, fué vivamente in-

terpelado en los siguientes términos: «Cabañero, todos somos súbditos del Papa antes de serlo de nuestro respectivo Soberano. Si no participais de estas ideas, ¿qué venís á hacer aquí?»

Todo esto está escrito en despachos oficiales y atestiguado por un embajador cuyo nombre y carácter dan todavía mas autenticidad á esos documentos. Y cuando se piensa que esas escenas ridiculas se realizaban en cierto modo bajo la protección del ejército francés, bien puede juzgarse cual ha sido la moderación del Emperador. Esta parodia de Coblenz, esas imitaciones pueriles del tiempo de Gregorio VII, esa distinción extraña entre los bretones y los franceses, esos homenajes prestados al Papa, no como jefe de la Iglesia, sino como Soberano, no merecían que el Emperador se desprendiese de esa calma que toma de su fuerza y de su derecho, pero si no veía en ello un peligro, encontraba á lo menos el testimonio irrecusable de los sentimientos que conservaban en Roma contra la Francia y el Soberano que ella se ha dado.

#### XII.

Las ilusiones que con tanta imprudencia se formaban, debían verse en breve terriblemente frustradas. Con efecto, Garibaldi no consultando para su misión mas que á su audacia había desembarcado en Marsalla. Después de haber recorrido la Sicilia, invadía al frente de sus tropas el reino de Nápoles, cuya monarquía no debía ennobrecerse por el heroísmo de la defensa sino en el último extremo de sus desastres. El afortunado soldado en vano intentaba convertirse de improvisto en hombre de Estado; bajo su dictadura popular gobernaba el espíritu de Mazzini, la libertad italiana podía hallar su muerte en el triunfo de la revolución. El Piemonte creyó que se debía á sí propio, que se debía á su seguridad, y á la salvación de Italia en medio de la cual representaba por sí solo la unión de la autoridad monárquica y de la independencia nacional, el evitar esta peligrosa victoria de las pasiones anárquicas, conteniendo y dirigiendo por sí propio el movimiento italiano.

Entre el reino de Nápoles y los Estados sardos, se encontraba el territorio pontificio. El Piemonte no vaciló ya; con efecto veía en Roma á un general que al encargarse del mando había declarado francamente su hostilidad contra la causa de que era representante, el Rey Víctor Manuel. La invasión de las provincias del Papa era pues según las miras del Piemonte un ataque abierto á la reacción cuyo centro estaba en Roma, y era una precaución contra los embates revolucionarios cuyo foco estaba en Nápoles.

El Emperador Napoleón caracterizó claramente su política con respecto á esta agresión en dos actos igualmente significativos: retiró su embajador de Turin y dobló el número de soldados franceses que formaban en el cuerpo de ocupación de Roma. Así al propio tiempo que su censura alcanzaba al gobierno sardo, su adhesión rodeaba al Padre Santo de una protección mas eficaz.

Pero ¿qué iba á hacer el ejército pontificio en presencia del ejército piemontés? ¿cuál sería la actitud del jefe que lo mandaba y á quien tantos homenajes se habían prestado algunos días antes en calidad de salvador del Pontificado?

El general Lamoricière había de escoger entre dos partidos; retirarse delante de los invasores con un ejército que no estaba todavía en disposición de combatir, protestando contra la infracción de la neutralidad de la Santa Sede, ó aprobar en una lucha desigual la fortuna de las armas. De estos dos partidos solo uno era político y razonable, á saber, la protesta. El general Lamoricière estaba ya acreditado y nadie hubiera tomado su reserva por debilidad. Al optar por la resistencia, se espuso á que se confundiese su valor con la improvisación.

Sabido es lo que aconteció. Nada puede darse mas doloroso y elocuente que el parte del general en jefe de las tropas pontificias. Felizmente para el honor militar, no hay en la historia mas que raros ejemplos de semejante derrota antes del combate.

Otra vez la sangre francesa compró la vergüenza de esta derrota y Castelfidardo no recordaría mas que una defección si un puñado de jóvenes franceses no hubiesen sostenido con noble ardimiento un choque desigual.

Viendo que desaparecía por momentos un ejército tan poco digno de él, el general Lamoricière debió comprender la falta política que había cometido. Su retirada no hubiera hecho mas que agravar la responsabilidad del Piemonte conservando al Papa una apariencia de fuerza militar: su derrota afectaba al poder temporal del Papa y no dejaba á esta ca-



lastrofe mas que el prestigio engañador de la lemeridad. Las almas religiosas se llenaron de duelo. Se quisieron cambiar en triunfo los funerales de los voluntarios que habían sacrificado generosamente su vida.

Ni el gobierno del emperador ni la opinión pública se conmovieron por esas demostraciones, y hasta el general Lamoriciere regresando a Francia después de esta campaña de un día, señaló su verdadero carácter rehuyendo la oferta de una espada de honor.

El Pontificado volvió a encontrarse pues sin defensores. Después de haber rehusado las garantías de la Europa y el auxilio del mundo católico que le hubiera asegurado la solicitud del emperador, veía dispersado su ejército, invadidas sus provincias, y la revolución que avanzaba amenazadora hasta las puertas de Roma. ¿Quién le salvará de este desastre provocado con tanta imprudencia? Siempre el emperador. No solo su ejército custodiaba a Roma sino que iba a cubrir el patrimonio de San Pedro, evacuado por el Piamonte a nuestra instancia.

Y por un singular contraste, en medio de los consejos perdidos o ciegos que querían llevar al Pontificado al destierro para convertirlo en misionero de sus resentimientos, hizo todavía la Francia que Pío IX desistiese de estas resoluciones estrémas y retuvo al sucesor de los Apóstoles junto al sepulcro de San Pedro.

Todo este cuadro que acabamos de trazar no es mas que la historia de la cuestión romana de diez años acá. No hemos consignado mas que los hechos. Pero al lado de los acontecimientos era necesario mostrar las causas, las tendencias, los esfuerzos secretos y las oposiciones abiertas que los han producido sucesivamente y los caracterizan. Así desde el día siguiente de la expedición de Roma, concebida y ejecutada a riesgo de su popularidad por el príncipe que quiso reconciliar a la Iglesia y la libertad, pudo notarse el acuerdo de los jefes del partido católico para organizar la desconfianza y la división. La presión interior ejercida sobre el clero para separarle del poder al que había aclamado y en el cual veía una protección poderosa y popular de sus derechos, la presión exterior ejercida sobre Roma para arrastrarla hacia una ingratitude a Francia y a una separación moral con el poder nacional que ella se había dado; el aliento de las exigencias que ningún gobierno podía aceptar y que rechazaban igualmente nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestras leyes, el ejemplo de nuestros mas grandes Reyes y hasta el interés de la Iglesia, la explotación perversa de la situación de la Italia para atraer mas y mas al Papa del lado de Austria, y al fin de colocar al gabinete de las Tullerías en esta alternativa: imposible para su honor, de sacrificar al Padre Santo a la revolución o la Italia a la corte de Roma; el trabajo incesante hecho para hacer sospechosos todos los consejos de nuestra diplomacia antes de la guerra, y después de la guerra al objeto de hacer estériles todas las tentativas inspiradas por nuestra adhesión; y por último la ardiente hostilidad que no toma la pena de disimularse, que atiza el odio, aconseja la violencia, inspira el ultraje y forma entre Roma y Paris una especie de liga internacional capaz de sacrificarlo todo a sus resentimientos políticos o a sus pasiones religiosas, todo hasta la Iglesia y la Francia, si la Francia y la Iglesia inmortalen por su naturaleza no fuesen superiores a semejantes designios y conspiraciones.

Tal es este cuadro, cubierto con un velo tan transparente, que apenas necesitamos levantarlo para dejarlo visible a todos. Y ahora es fácil apreciar el papel que corresponde a cada uno en semejante situación.

Para las pasiones, cuyo trabajo, oculto primero, pero siempre activo, acabamos de manifestar, el Papa no ha sido mas que un medio y no un fin; ellas se han interpuesto entre él y el emperador para separar dos poderes cuya unión hubiera desvanecido sus esperanzas: ellas le han engañado; ellas le han explotado y le han convertido en juguete de sus sentimientos y de sus ambiciones.

En vista de esta intriga, el gobierno francés se ha conservado invariable en sus sentimientos, inflexible en su actitud. Viendo que sus enemigos naturales y sistemáticos rodeaban el Vaticano y se introducían en él con sus perfidos consejos, no creyó que ni aun por la ingratitud pudiese darse por escusado de la protección que debía al Padre Santo: hijo respetuoso, su piedad filial ahogó los mas legítimos impulsos de su susceptibilidad. Continuó sus buenos oficios y sus servicios desinteresados. Agotó todas las

combinaciones de salvación, sin cansarse ni resentirse de las negativas obstinadas que la corte de Roma oponía a sus consejos. No dió oídos a las injusticias y a las injurias que le dirigían los que rodeaban al Papa; en medio de estos Prelados enemigos de la Francia, y sobre ellos, había el Padre comun de los fieles, y nuestra honra era inseparable del deber que llenabamos al velar por su seguridad.

En cuanto a la corte de Roma, puede verse a donde le han conducido las funestas influencias que ha preferido a las inspiraciones del emperador. Aislada en Italia, abandonada por el Austria, censurada por la Europa, privada de las provincias que podía conservar bajo nuestra garantía, reducida a una fracción de territorio que perdería mañana si no contase con la protección de nuestras armas, la corte de Roma ve sucesivamente escaparse todos los recursos en los cuales había contado. Creía que la dominación del Austria en la península era inalterable, y en menos de dos meses de guerra, la ocupación austriaca fué rechazada al otro lado del Mincio. La corte de Roma había buscado aliados en príncipes antipáticos a sus pueblos y estos príncipes están desterrados. La corte de Roma había formado un ejército con grandes gastos, y excepto los franceses, valientes cualquiera que sea la bandera bajo la que militen, todos sus soldados huyeron antes de ser vencidos. La corte de Roma apeló a la agitación de las conciencias, y esta voz que aun removería al mundo, si saliese de la cátedra de S. Pedro para defender un dogma o una verdad divina, no encontró mas que indiferencia. Hé aquí lo que han hecho de la autoridad pontificia las influencias fatales que por desgracia han conseguido hacerle la Francia sospechosa y odiosa a la Italia.

Es irreparable por lo tanto el mal? No lo creemos. Ahora puede juzgarse en Roma como en Francia que la cuestión de Italia no es un accidente, como se creía antes y después de la guerra. La Italia envuelve un grande interés de civilización y de orden europeo: no encontraba un lugar propio sino en la historia; la ha conquistado en adelante en la política activa y en la diplomacia de las naciones: ha hecho mas todavía, y se puede decir que el advenimiento de su nacionalidad al mapa de Europa ha modificado ya la situación general. La Inglaterra que dos años há declaraba todavía que los tratados de 1815 eran inviolables, ha acabado por favorecer uno de los mas graves ataques que han podido dirigirse al sistema europeo tan sabiamente organizado contra la Francia. La Rusia desde que lealmente renunció a su protectorado exclusivo sobre la Alemania y a su dominación sobre el Oriente, no emplea su legítima influencia sino en evitar los conflictos, prudentemente progresiva en sus instituciones se ha mostrado en todas partes justa y conciliadora en sus relaciones internacionales.

La Prusia repudiando vapores alarmas y amenazas temerarias en una votación reciente, acaba de colocar nuevamente la política bajo un punto de vista conforme con su papel histórico y con sus intereses mas incontestables.

El Austria procura rehacerse de sus derrotas por medio de reformas, y haciendo uso de una reserva que es preciso tener en cuenta, limita su derecho de intervención al de su defensa. La España sale de sus periodos borrascosos, y su libertad que se regula y modera, le devuelve los bríos de su antigua gloria. La Italia ha contribuido en gran parte a este gran movimiento liberal en Europa que destruyendo los gérmenes de coalición, consolida todas las esperanzas de paz y de progreso.

Pero si bien la Italia está emancipada, no está constituida, y el obstáculo a su organización es Roma. Mientras dure el funesto antagonismo que se ha creado entre fuerzas cuya unión responde a tantos intereses, la Italia y el Pontificado temporal no encontrarán las condiciones de su equilibrio. Que se unan, y de esta alianza saldrá su comun grandeza.

Es tan difícil concebir la Italia sin el Papa, como el Papa sin la Italia. Están unidos mutuamente por la tradición, por la historia, por el respeto universal de todas las naciones católicas hacia la cabeza de la Iglesia. Cuando el emperador se obligó con el Austria, tenía el designio de restablecer este precioso lazo. El día en que este gran pensamiento se realice, veremos al Pontificado que recobra en la sociedad moderna una autoridad tan elevada como su origen y su misión.

Veremos que la Italia añade a la fuerza política de su independencia, la fuerza moral de esta situación excepcional que la convierte en la patria de la soberanía espiritual, cuyo imperio se extiende hasta los confines del mundo.

Entre tanto y a pesar de todo lo ocurrido, a pesar de tantas negativas opuestas a la intervención generosa de la Francia, a pesar de tantas injusticias que no han podido poner término a su adhesión estamos convencidos de que el emperador dejará su espada en Roma para proteger la seguridad del Padre Santo. Fiel a su doble deber de soberano elegido por la voluntad nacional y de primogénito de la Iglesia, no puede sacrificar la Italia a la corte de Roma, ni entregar el Pontificado a la revolución. Impasible como la conciencia y el derecho de un gran pueblo, esperará con paciencia la hora próxima en que el gobierno pontificio, desengañado al fin de los peligrosos aliados que le han impuesto su apoyo, sabrá distinguir entre los que lo han hecho todo para perderle, y los que lo han hecho todo para salvarle.

Por lo que va sin firma,  
P. J. GELABERT Y POL.

## Palma.

Ayer mañana entró de arribada en este puerto el vapor *Ebro*, que conducía desde Mahon un batallón del regimiento infantería de Valencia, y que por causa del temporal no pudo continuar su viaje. Al anochecer desembarcó la tropa y fué alojada en esta ciudad en casas particulares, hasta que cesando el temporal que aun hoy reina, pueda *El Ebro*, seguir su ruta a Toluca.

Por causa del mal tiempo el vapor-correo *Jaime II* que debía salir hoy para Barcelona, ha suspendido su viaje hasta mañana a las tres de la tarde, si el tiempo lo permite.

Por lo anterior,  
P. J. GELABERT Y POL.

**CRONICA RELIGIOSA.**  
Santo del día de mañana.  
LA TRASLACION DE SANTA FLORENTINA, VIRGEN Y SANTA MATILDE, REINA.

**AFECIONES ASTRONOMICAS DE MAÑANA.**  
Sale el sol a las 6 hs. 15 ms.  
Pónese a las 6 hs. 53 ms.  
Hora en que debe señalarse el reloj al medio día verdadero.  
Las 12 hs. 9 ms. 53 s.

**AVISOS OFICIALES.**  
**ORDEN DE LA PLAZA.**  
Gefe de día para mañana: el coronel graduado teniente coronel primer gefe del batallón fijo de artillería de Mallorca, don Francisco Calderón.  
Parada: Gerona.  
Hospital y provisiones: el mismo cuerpo.  
El T. C. S. M.—Benito de Amores.

**JUNTA DE AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO DE LAS BALEARES.**

Comercio.—Circular.—Desde que en el año 1843 se estableció el sistema tributario que hoy rige, comprendieron sin duda la generalidad de los comerciantes de esta Ciudad, que la obligación impuesta por la ley de subsidio, de presentar en la Administración de Hacienda pública una declaración duplicada de la clase de especulación o comercio que ejercían, les relevaba de la que en virtud de lo dispuesto en el artículo 11 del Código mercantil debían exhibir al establecerse ante la autoridad civil municipal, y en este supuesto, cesaron de cumplir, con muy pocas excepciones, un requisito tan indispensable como terminantemente preceptuado. Semjante error, que no fué desgraciadamente exclusivo de la capital de estas islas y la impunidad en que quedaron algunos especuladores de mala fé, por no poderseles aplicar las leyes sobre quiebras, dieron origen a que se dictase la Real orden de 16 de marzo de 1846 reformando en parte el artículo 11 del Código, y mandando

que las Juntas de Comercio obligasen a inscribirse en la matrícula de comerciantes, a todos los que ejerciesen tan honroso profesion, impidiendo a los contraventores la continuación de sus operaciones comerciales, con formación de causa no menos transgresores de la ley. Esta severa aunque necesaria disposición que puntualmente ejecutada hubiese evitado notables perjuicios a diferentes casas de esta capital no fué con oportunidad puesta en práctica, y la Junta Provincial en quien se han refundido todos los deberes de la suprimida de comercio, se cree hoy en la obligación de hacerla cumplir y acatar por todos, en garantía de los derechos legales del comercio de buena fé, cuya custodia y protección le están encomendados. Al efecto ha acordado en sesión de esta fecha proceder a la formación de una nueva matrícula de comerciantes, dirigiéndose por la presente a todos los domiciliados en los distritos judiciales de esta capital, que tienen por ocupación habitual y ordinaria el tráfico mercantil, fundando en él su estado político, para que en el improrogable término de treinta días presenten en su secretaría, sea en la seccion de Fomento de este Gobierno de provincia una declaración duplicada que formarán con arreglo al modelo adjunto.

Persuadida esta junta de que la distinguida clase a quien tiene el honor de dirigirse, comprenderá perfectamente que la adopción de esta medida es altamente benéfica para el comercio de buena fé y no seguro por decirlo así de sus derechos civiles, se promete ser atendida y puntualmente observada por todos sus individuos esta amistosita rescitación, para cumplir un servicio que ya hace tiempo debiera estar practicado, evitando el disgusto de tener que recurrir al gobierno de la provincia para que impida el ejercicio de la profesion mercantil segun dispone la Real orden citada a los que dejan de inscribirse en el término señalado. Palma 28 de febrero de 1861.—El presidente.—José Fernandez del Cunto.—P. A. de la Junta.—El secretario general.—Alejandro Bejar.

**MODELO DE LA DECLARACION.**  
D. M. N. vecino de natural de estado, participa a la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de esta provincia que se halla dedicado desde a ejercer la profesion mercantil en la clase de bajo la razón social de esta y tiene su establecimiento en la actualidad en la calle de esta y en esta. Palma 28 de febrero de 1861.

**SOCIEDAD DEL ALUMBRADO DE GAS DE PALMA DE MALLOCCA.**

La sociedad del alumbrado de gas debiendo pasar a la escavación necesaria para la cisterna de un gasómetro, lo pone en conocimiento del público para que las personas que deseen entrar en licitación con arreglo al pliego de condiciones y plano que obran en la secretaría de la sociedad—Cuesta de Santo Domingo—76—principal, se presenten el día 23 del corriente con sus pliegos cerrados a las 12 de la mañana a cuya hora se abrirán adjudicándose la subasta al mejor postor siempre que se considere admisible la proposición. Palma 13 de marzo de 1861.—P. A. de la D.—J. Fiol secretario.

**AL PUBLICO.**

El vapor *Jaime II* ha suspendido su salida y la efectuará mañana jueves a las tres de la tarde.

**Al bello sexo.**

Acaba de establecerse en esta capital una modista por todo lo concerniente a la hechura y arreglo de MANTILLAS, de precios sumamente módicos. En la tienda de las Ninfas Palmesanas, calle de Bastiaños, darán razón de su existencia.

**Teatro del Casino Artístico.**

FUNCION 12.ª DE ABONO PARA MAÑANA 14.

1.ª Sinfonía.

2.ª Se pondrá en escena la aplaudida zarzuela en 3 actos.

**EL RELAMPAGO.**

A las 7 y media.

**NOTA.** Se estan ensayando las zarzuelas *El caballero particular*, *Los dos ciegos* y *El ultimo mono*.